



“En la revolución de 1913, peleamos contra la reacción dictatorial, peleamos por reafirmar el triunfo de la revolución de 1910, ilusoriamente destruido por la traición de Huerta. Desde el principio, muchos descubrimos que Carranza nos llevaba a una dictadura. Estar desde luego contra Carranza, hubiera sido fortalecer a Huerta, hubiera sido un crimen. Divididos ya en espíritu, continuamos la guerra contra Huerta. Cuando Carranza vio rota la fuerza moral huertista, provocó el rompimiento con Villa, prohibiéndole que obtuviera la victoria de Zacatecas. Todos los generales de la División del Norte, hablaron de dispersarse y, algunos, de ir sobre Carranza o a las montañas. Eso habría encendido de nuevo la moral en el alma de los huertistas y yo me opuse a ello. Yo redacté el telegrama que cruzó el rostro de Carranza, como un fuetazo; por mí fuimos a Zacatecas y vencimos finalmente a Huerta. Yo soy el culpable de que, desoyendo los despóticos mandatos de Carranza, hayamos ido a dar el último golpe de muerte a los huertistas; yo soy el culpable de haberle dicho a Carranza su miseria moral, su envidia, su falta de patriotismo, su ambición, su despotismo. Después de Zacatecas, la División del Norte se volvió a subordinar a Carranza, para facilitar a la Revolución el triunfo completo. Ahí, propiamente, terminó la lucha contra la reacción dictatorial y empezó la lucha contra la nueva dictadura. Estamos satisfechos de nuestra obra: entre Huerta y Carranza preferimos a Carranza.

Con esa conducta, me hice reo de dos enormes delitos: el de haber sido factor implacable contra el huertismo y el de haber arrancado la careta democrática de Carranza.

Carranza dijo, desde luego, que mi acción era igual a la traición de Huerta; los carrancistas dijeron por la prensa de la República y por la de los Estados Unidos, que yo estaba en convivencia con los porfiristas y con los huertistas; inventaron una carta del señor general Díaz, y otra del señor Limantour, en las que se me encargaba tornar la Revolución en favor de ellos y luego, me acusaron de venir a los Estados Unidos a vender mi espada a la reacción.

Los huertistas dicen ahora en *La Prensa*, de San Antonio, Texas, que deseo la amnistía de Carranza, que pretendo venderle mi espada a Carranza.

No hay duda que, carrancistas y huertistas, son del mismo nivel moral y son igualmente inescrupulosos.

Los carrancistas, cuando hablan de mí, dicen que estuve con Huerta porque quieren herirme en el corazón; los huertistas me llaman general ex villista, porque piensan que me humilla haber militado a las órdenes del señor general Villa.

Pues sepan carrancistas y huertistas, que sus ataques me benefician porque prueban, hasta la evidencia, que no estoy con ninguno de ellos.

Pues sepan carrancistas y huertistas, que no me humilla el haber servido a las órdenes de Villa, que al contrario me enorgullece. Me enorgullece haber sentido por largos meses el afecto y estimación de un hombre como Villa, y me entristece el pensar que entre todo el montón de intelectuales del país, no hay un hombre de las energías de Villa que, a diferencia de Villa que no puede entender la democracia por insuficiente cultura, sea capaz de salvarlos del pertinaz azote de la dictadura que tiene encorvadas las espaldas de los mexicanos.

Pues sepan carrancistas y huertistas, que estoy con Villa, y con Zapata y con Genovevo de la O., y con todos los pobres que no se someten a la injusticia y que no presentan las espaldas al látigo de los dictadores, que me enorgullezco de ello; que me entristece que mis inescrupulosos enemigos, siendo mexicanos, no aborrezcan el látigo del amo y vayan, poco a poco, mendigando, como Bolaños Cacho, Urbina y Tablada, el arrimo y el derecho de lamer las botas del dictador.

Sean que, en el destierro pasaré mi vida entera, antes que inclinar la frente o que moriré ahorcado de un árbol a manos de un huertista o de un carrancista, por el delito capital de odiar las dictaduras; o que algún día colaboraré con éxito en conquistar la libertad y la justicia, para todos, aún para ellos.”

Felipe Ángeles.

FELIPE ÁNGELES

de Elena Garro

Obra en 3 actos

Asesor literario: Hugo Gutiérrez Vega

Se estrenó el 13 de octubre de 1978
en el Teatro de Ciudad Universitaria
(Anexo a Arquitectura)

REPARTO POR ORDEN DE APARICIÓN:

GENERAL DIÉGUEZ	(28 años)	Manuel Armenta
CORONEL BAUTISTA	(27 años)	Jaime Estrada
SOLDADO SANDOVAL	(25 años)	Sergio Molina
SEÑORA REVILLA	(30 años)	Teresa Valenzuela
SEÑORA SEIJAS	(27 años)	Ma. Luisa Garza
GENERAL GAVIRA	(32 años)	Eugenio Cobo
AGENTE DEL MINISTERIO PÚBLICO		
GENERAL ACOSTA	(28 años)	César Brito
FISCAL		
GENERAL ESCOBAR	(30 años)	Miguel Rodarte
PRESIDENTE DEL CONSEJO		
ABOGADO GÓMEZ LUNA	(40 años)	Francisco Mauri
ABOGADO LÓPEZ HERMOSA	(34 años)	Roberto Sosa
GENERAL FELIPE ÁNGELES	(47 años)	Guillermo Gil
SOLDADO FÉLIX SALAS	(30 años)	Ismael Rivas
PADRE VALENCIA		Hugo Galarza y Gabriel Pascal

UN CAPITÁN
CENTINELAS Y SOLDADOS
CAMARERO

Iluminación	Alejandro Luna
Grabación de sonido y efectos	Antonio Bermúdez
Asistente de dirección	Guillermo Gil
Dirección	Hugo Galarza